

SI NO QUIERE REIRSE DE SI MISMO CON
"LA BODA DE LOS PEQUEÑOS BURGUESES"

NO VAYA a VER a "LOS GOLIARDOS"

Una noche del estreno de esta pieza "menor" de Bertolt Brecht trajo a la memoria del crítico otra inolvidable noche de teatro sin profesionales en el escenario. Madrid 1952. Teatro Español. Teu. Juanjo Menéndez, Gustavo Pérez Puig y un autor español que llegaba para romper los moldes del teatro hecho, como las sillas de "Los pequeños burgueses", en casa. Mihura y "Tres sombreros de copa". Los delirantes espectadores que acudimos a ver aquel raro espectáculo, creímos, ingenuos de nosotros, que aquello iba a acabar con todo. Sin embargo el teatro de los hábiles "carpinteros", habría de seguir en posesión de todos los escenarios, e incluso el propio Mihura habría de pasarse al tennurismo.

Sirva este preámbulo para justificar mi escepticismo de que nada va a arreglarse después de ver a "Los Goliardos", con su

deliciosa puesta en escena de "Los pequeños burgueses". Nada cambiará después de esto. Perdonen mi pesimismo pero ya verán ustedes como la convencionalidad, el áhiste, el vodevil, la cama y el buen diálogo, siguen invadiendo todos los escenarios. Aunque ellos no se lo crean, "Los Goliardos" se harán divos: formarán cada uno su propia compañía y si el público no va a verlos con Brecht, se pasarán a Jardiel, luego a Millán, a Calvo Sotelo, a Paso o a aquel autor que puede llenarles de pequeños o de grandes burgueses el teatro. Y ojalá que, al escribirlo así, esté incurriendo en un monstruoso error.

La vigencia paródica -circo, music-hall-cine mudo- de este texto de Brecht es incuestionable. Resulta un acariciante bofetón que se nos da a todos. Yo recomendaría que no fueran al teatro aquellos espectadores que

no quieran reirse de su abuelo y de su abuela, de su padre y de su madre, de sí mismos y de sus consortes, de sus hijas y de los novios de sus hijas ya que con esta "boda" asistimos a nuestra propia representación.

La ideología de la obra persigue la disolución del matrimonio como institución. El autor pormenoriza y ridiculiza con sus críticas todo el proceso matrimonial, desmascarando en cada edad la escalada evolutiva del matrimonio. Desde los recién "autorizados" contrayentes, al pasando por los esposos con experiencia que se soportan entre improperios y bostezos.

Todo sucede en torno a una gran mesa en la que se celebra un banquete de bodas. Los invitados comen el pastel amargo que Brecht les va sirviendo. Los personajes están vivos y cualquiera de nosotros podemos



identificarnos en uno de ellos, siendo el auténtico protagonista de la sátira, aquel espectador que diga que no, que él no está allí.

De la interpretación de "Los Goliardos" puede decirse que es insuperable. Ellos confieren a cada personaje y situación una gracia y una frescura que los torna en seres vivos. Su disciplina a la dirección es increíble. Nadie se permite levantar una ceja un poco más de lo marcado. Verles es una auténtica delicia. Todo en ellos es fiel, es feliz y es oportuno. El espectáculo resulta fascinador y no encuentro, para director e intérpretes, un elogio que no se quede corto.

El público participó en el banquete de bodas desde un

principio. Tomó la cola de pescado que le ofreció la abuela, se cayó de la silla con los actores, erupió con los estufios del vino, tocó en la oscuridad del apagon a su compañera de butaca y terminó, como los protagonistas, borracho de buen teatro.

Lo malo es que, dentro de unos días, las oscuras golondrinas del teatro español volverán a colgar sus camas y sus mesas de camillas sobre este mismo escenario sobre el que, momentáneamente, acaba de barrerse medio siglo de teatro para lucir collares y comer bombones de los que venden en todos los "ambigus" de todos los teatros.

Angel LARROCHE